



Núm. 3.º | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Enero 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

Madrid.	Un mes. 12 rs.	Provincias.	Tres meses. 58 rs.
	Tres meses. 32		Seis meses. 74
	Seis meses. 62		Un año. 144
	Un año. 120		

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Prim, núm. 2.—Madrid.

Los pedidos de suscripciones pueden hacerse á la misma Administración en libranzas de Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Madrid.	Un mes. 8 rs.	Provincias.	Tres meses. 21 rs.
	Tres meses. 20		Seis meses. 46
	Seis meses. 58		Un año. 84
	Un año. 72		

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: Administración, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Baillière, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. López, Cármen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 31; Gujardo, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martín, P.º del Sol; y Administración de EL CASCABEL, Plazuela de Matute, 2.—PROVINCIAS. En Barcelona, en la Administración del CORREO DE LA MODA, calle del Cármen, 21, 4.º; en València, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos.—En París Mr. François Ehardt, 55, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 55, rue Talbott.

SUMARIO.

Una escuela de aldea, por la Condesa de Araceli.—*Cartas á Etelvina*, por Gregorio Barragan.—*El Firmamento*, poesía, por José Lamarque de Novoa.—*Recuerdos de Argemón*, poesía, por Isabel de Villamarín.—*A un capullo*, por A. Alcalde Valladares.—*Tardes de Primavera*, por Josefa F. Polavieja.—*Cádiz*, por X.—*¿Qué es amor?* por Ángela Grassi.—*La Abadía*, por Micaela de Silva.—*Variedades*—*Charada*.—*Explicación del figurín*.

GRABADOS.—Escuela en el atrio de una iglesia de Galicia.—La Plaza de San Juan de Dios en Cádiz.—Valle de A. éjico.—La Naranjera

ESCUELA EN EL ATRIO DE UNA IGLESIA DE GALICIA.

El grabado que encabeza este número es un cuadro delicioso, debido al lápiz del Sr. Ortego, y que está, como los de Becquer, respirando verdad, animación y gracia.

Representa una escuela de aldea, tal como se encuentran

aún con sobrada frecuencia en nuestras poblaciones rurales, á pesar de hallarnos en pleno siglo diez y nueve.

En el mismo sitio se hallan adunadas la vida y la muerte; forman el mas extraño contraste los atributos divinos y los animales inmundos. A un lado un atahud, en donde la caduca ancianidad halla reposo, y en torno



ESCUELA EN EL ATRIO DE UNA IGLESIA DE GALICIA.
Ayuntamiento de Madrid

de él la risueña infancia, llena de animación y de alegría, que cree que los horizontes que divisa en torno de sí no tendrán jamás ni límites ni nubes; al otro el maestro, viva efigie, medio momificada, de un tiempo que fué, departiendo con una aldeana cuyo hijo no quiere ir á la escuela.

Los discípulos, aprovechando su distracción, se entregan á las travesuras tradicionales en todas las escuelas pasadas, presentes y futuras: el uno cabalga sobre un pacífico cerdo, que sólo piensa en pacer la fresca yerba; el otro pide al jinete la vara con que arrea á su extraña cabalgadura; éste, apoyada la barba en la palma de la mano, parece que está meditando alguna jugarreta con que atormentar al dómine; aquel escribe, á pesar de la general algazara, demostrando de este modo su verdadera aplicación; ¿quién sabe si con mejores elementos llegaría á ser un sábio, útil á su patria?

¡A cuántas consideraciones no se presta este animado cuadro! Consideraciones graves y tristes á la vez, pues nos demuestra el atraso en que se halla todavía el cultivo intelectual en nuestra querida España y la trascendencia inmensa que ese culpable abandono tiene para su prosperidad y su adelanto.

Una persona medianamente ilustrada no puede aspirar al honroso cargo de maestro en una aldea, en donde hasta carece de local á propósito para ejercer su elevado ministerio; fuerza es pues que lo desempeñen hombres que no habiendo gastado ni su juventud ni su fortuna en estudios serios, lo toman como una ayuda para conjurar el hambre. Así, ¡cuántas veces no se ha visto al maestro, consagrándose al mismo tiempo á los oficios más abyectos, é inspirando de este modo menosprecio al discípulo, en vez de la alta consideración que le es debida! Y así, ¿cómo podrán los tiernos niños, instruidos por él, ser mañana hombres útiles á la patria, buenos padres y buenos ciudadanos?

¡Ah, plegue á Dios que el Gobierno, dando de mano á asuntos de ménos trascendencia y de ménos importancia, trate de mejorar á la noble clase de maestros, en cuyas manos se halla el porvenir de las generaciones venideras!

LA CONDESA DE ARACELI.

Restablecido ya de la dolencia que le aquejaba y le obligó á suspender sus tareas literarias, nuestro querido amigo y colaborador el joven é ilustrado escritor vallisoletano D. Gregorio Barragan, nos favorece hoy con la tercera de sus CARTAS Á ETELVINA que veníamos publicando con el aplauso de las suscriptoras de EL CORREO. Mucho celebramos el alivio de tan modesto escritor como buen amigo, y le pedimos que no nos olvide, pues insertamos con mucho gusto sus bellos trabajos en nuestro periódico.

En la CARTA que publicamos á continuación, demuestra el joven Sr. Barragan que sus envidiables dotes han salido ilesas de la enfermedad que nos ha privado de sus escritos por algun tiempo, con gran pesar nuestro, no decayendo en ella ni la importancia del asunto, ni la sencillez y buenas formas de las anteriores.

CARTAS Á ETELVINA.

III.

EL DOLOR MORAL.

Mi apreciada Etelvina: ¡Si supieras cuánto me ha hecho sufrir tu última carta! Las frases de atención que me dedicas en ella, el interés con que has mirado y seguido el curso de mi enfermedad y el epígrafe sobre el que me obligas á que te conteste, me han causado honda impresión, al par que han servido de enérgico impulso á mi convalecencia. Yo te agradezco en el alma el sufrimiento que me has proporcionado, porque hay almas que gozan sufriendo y la mía tiene que sufrir si ha de gozar.

Embargaban mi mente reflexiones bien tristes, cuando vino á sorprenderla en tan grata ocupación tu carta última. Esperaba me dices en ella el santo y seña para argumento de mi tercera epístola y no me equivoqué, puesto que me ordenabas me ocupase en esta del DOLOR MORAL, y á la verdad que lema semejante me ha arrancado dos exclamaciones, una de placer y otra de amargura.

De placer, porque nunca más en su punto la imaginación para discurrir sobre el dolor que cuando se encuentra dolorida como la mía en estos instantes, y de amargura, porque habrán de agolparse los recuerdos de penas que aún no han cegado su huella y de sentimientos que todavía no han recogido su velo triste. Pero como no me atrevo á contrariar tus indicaciones (leyes para mí), acepto la responsabilidad de lo que resulte en la batalla que de seguro se ha de entablar en mi alma, á trueque de complacerme.

No ha de serme muy fácil darte una definición exacta del DOLOR MORAL: pero como Dios me dé á entender y el estado de mi espíritu me lo permita, procuraré satisfacer tus deseos.

Dos partes esenciales componen el sér humano: el cuerpo y el alma. El primero tiene un organismo físico

susceptible de sensaciones gratas y desagradables: estas se conocen más vulgarmente con el nombre de dolores, y con el de placeres, aquellas. La segunda consta al propio tiempo de otro organismo especial y también experimenta sensaciones de satisfacción y de amargura; ésta, causa el sentimiento, la pena, el abatimiento; y la alegría, la satisfacción, el contento, aquella.

Después, como todo lo que se relaciona con el cuerpo se denomina *material*, y *moral* todo lo que se refiere al alma, de aquí que las sensaciones desagradables del cuerpo se llamen dolores materiales y las del alma morales. Resumiendo, mi querida Etelvina, el *dolor moral* es una impresión brusca que afecta al alma de consecuencias difíciles de apreciar, si no se la arranca de sus brazos.

Un alma apenada, cierra las puertas á todo goce, borra toda idea de tranquilidad y sólo quiere vivir con su amargura. El mundo la hastía, el placer la cansa, la fatiga la luz, la ahoga la existencia. Necesita saciar su dolor, satisfacer su pena, embriagarse con sus lágrimas, y sólo otra alma que comprenda el torcedor que la domina, el martirio que sufre, la agonía que experimenta, puede proporcionarle un lenitivo á su mal.

Pero ¡ay, Etelvina! ¡Qué pocas son las almas que acuden al llamamiento de una compañera si la notan triste! ¡Qué pocas Verónicas son las que limpian con su lienzo las huellas del dolor al alma que sufre!

Sí, amiga mía. Por eso yo he bendecido á la Providencia mil y mil veces, pues tu alma, tu bondadosa alma, fué la única que respondió á las voces de compasión que lanzaba la mía en medio de su amargura. ¡Que Dios te premie con sus bendiciones el manto que con tu solicitud y cariño has tejido para mi corazón desgarrado!... Si la gratitud puede existir más allá de esta vida y el mundo te es alguna vez ingrato, acude á mi tumba y yo te recompensaré en cambio manifestándote mi agradecimiento á través de las grietas de la tierra que cubra mi cadáver...

Mas volviendo al objeto de esta carta, del cual me he separado involuntariamente, voy á trasladar algunos hechos que la historia nos guarda como grandes páginas de enseñanza, y que demuestran ó señalan las consecuencias del dolor moral. Ellos hablan mucho más alto de lo que yo pudiera hacerlo y confirman mi aprensión de que causa tantas víctimas el dolor moral como el dolor material.

El Almirante Bing fué condenado á muerte y escuchó tan fatal sentencia sin inmutarse. Su alma estaba convencida de que el honor no moriría con él. Toda la entereza por Bing manifestada, faltó á su hermano, quien al darle el adiós de despedida dejó de existir repentinamente en sus brazos.

¡Cuál no sería el grado de dolor moral que midiera aquella alma en tan terribles instantes! ¡Qué fuerza, qué intensidad la de aquel pesar que rasgó de un solo empuje toda una existencia!

No lo sería ménos el de la Emperatriz Irene, quien al saber el asesinato cometido en la persona de su esposo Filipo, primer emperador de Alemania, el año 1208, espiró en el acto de noticiarla tan infausta nueva.

Después de la toma de Cápua, en la que se había distinguido por su valor el Conde de Montpensier, Luis de Borbon, llegó á Nápoles el año 1501, dirigiéndose inmediatamente á Pozzolo, sitio en que estaba enterrado su padre. Y aquel sér, héroe en la lucha, cae muerto sobre la losa que cubría el cadáver del autor de sus días víctima del dolor más acerbo.

Y estos hechos que se conocen y publican por la calidad de las personas que juegan en ellos, son continuamente repetidos en las familias. ¡Cuántos Luises de Borbon, Irenes y hermanos de Bing conocerás ó habrás conocido tú, amiga mía, y conoceremos todos!

Miles de ejemplos podría trasladar aquí si fuese necesario para patentizar la verdad: pero como está en toda conciencia lo que puede el dolor, renuncio á ello por no molestar tu ánimo, mi querida Etelvina.

Y ¡qué extraño que esto suceda si el hombre cuenta los segundos en que goza por los años en que sufre! ¡Sí, la vida es una cadena de martirio, de amargura!...

Los rayos del sol de la tranquilidad, sólo hieren al hombre en la cuna y en el cementerio. Mientras hace el viaje de la una al otro encubren aquellos los negros crepones de la duda, del tormento, del pesar.

Por eso siempre que siente su alma alguna satisfacción, esta satisfacción no es completa. Esas mismas nubes que impiden que el sol imprima su huella benéfica en el corazón del hombre, envuelven al placer y destruyen sus consecuencias principales.

Parece como que la parte de felicidad de que el hombre es susceptible en la tierra, precisa estar envuelta en el manto del dolor!...

Mas estas reflexiones no son muy del caso, y me dispongo á poner punto final, tranquilo de que tu superior criterio disculpará la falta de conexión que en la presente demuestra tu afectísimo amigo

GREGORIO BARRAGAN.

Valladolid, Noviembre, 1871.



EL FIRMAMENTO

TRADUCCION DEL CÉLEBRE POETA PORTUGUES
A. SOARES DE PASSOS.

¡Gloria, gloria al Creador! El libro inmenso
Abierto contemplad de lo infinito,
Adonde en letras mil de brillo intenso
Su nombre adoro escrito.

De su elevado altar mirase alzado
El misterioso velo:
Rompe tus ligaduras terrenales,
Y, en místico alborozo,
Con nueva vida elévate hasta el cielo,
Alma que anhelas sempiterno gozo.

Estrellas de esas célicas moradas,
¡Cuáles, decidme, son vuestros destinos
Lámparas sois, las lámparas sagradas
Que ilumináis sus pórticos divinos.
Brotásteis de la mano omnipotente
Y en espacios sin término girando,
Sois leves chispas que su carro ardiente
Despide al ir la inmensidad cruzando.

Cada cual de vosotras, refulgente
Un astro puro encierra,
Sol que apenas consiguen
Mis ojos descubrir, rey de otros mundos
Que, cual la opaca tierra,
Su séquito formando en pos le siguen.

Nadie sabe contaros: ¡quién pudiera
Los mundos numerar á que dais vida,
Do eterna sombra á nuestra vista impera,
Cual es para vosotras nuestra esfera
En misteriosa oscuridad sumida?

Y todo en las tinieblas
Envuelto de la nada
Y en perpétua mudez antes yacía:
Reinaba noche oscura;
La luz del claro día
Era en Dios concentrada.

Habló el Señor, y en la extensión distante,
Las sombras disipáronse á su acento;
Habló el Señor y el vasto firmamento
Sus áureos velos descorrió triunfante.

Todo se alzó á su voz y todo gira
Inmenso en sus fulgores,
Y es cada mundo sonora lira
Cantando sus loores.

Cantad, oh mundos, que su brazo impele;
Arpas de la creación, faros del día,
Himnos mil elevad al Sér Supremo,
Que en los espacios nos sustenta y guía.

Tierra, globo que engendra en sus entrañas
Mi sér; el sér humano,
¡Qué eres con tus volcanes y montañas,
Con tu vasto Oceano?
Eres grano de arena
Por el gran torbellino de los mundos
En sempiterno giro arrebatado
En torno de su asiento, que elevado
Está del Universo
En los senos profundos.

Y ¡qué eres, hombre, tú: tú, sér mezquino
Que en ambición continúa te desvelas,
Y abrirte paso sin cesar anhelas
A través de las nieblas del destino?
¡Qué eres con tus imperios y colosos?
Un átomo sutil de escaso aliento:
Y vives un instante,
En pos sólo dejando
Leves cenizas que arrebató el viento.

Mas ¡ah! tú piensas, y al girar los orbes
Haces que la razón tu esclava sea;
Tú piensas, é inspirado en Dios te absorbes

En la viviente llama de la idea.

Goza, inmortal: la tumba no consume
Esa divina luz que en tu alma prende:
¡Gloria á Dios, que en un átomo resume
El pensamiento, que el espacio hiende!

Sigue, rey de la tierra, tu camino:
Si aún misera es tu suerte y la esperanza
A tu anhelo no dió láuro seguro,
Nuevo destino alcanza,
Y de edad en edad, más noble y puro
Alza hasta Dios tus himnos de alabanza.

Y tú cubre amorosa, madre tierra,
Con tus floridos mantos,
A los hijos que en tí vida y sér llevan,
Y tu canto de amor une á los cantos
Que de mundos sin fin á Dios se elevan.

Dicen que ya sin fuerzas, moribunda,
Te inclinas decadente:
Ah! que entre tanto sol que te circunda
Aun tu sol se levanta refulgente.
Aun eres jóven: sin cesar mirando
De otros mundos estás las agonías,
Mientras ráuda en el éter vas girando
Cubierta de perfumes y armonías.

Mas ¡ay! tú morirás: de astro brillante
Así hoy fulgura misteriosa estela;
Mañana tembloroso y vacilante
En ocaso sin fin su lumbré vela.
Y de él ¿qué fué?... Sus nítidos fulgores
¿Quién apagar pudiera?

Fué del Criador el poderoso aliento:
El extinguió esa luz ya fatigada,
Y fueron siglos mil sólo un momento,
Que ante la eternidad truécanse en nada.

Un día ¡quién lo sabe!
Al peso de los años y las ruinas
Al centro rodará arrebatada
De ese volcan que sol tú denominas.
Y también tus hermanos los planetas,
Cuya existencia, cual la tuya, inflama
La misma vida y luz esplendorosas,
Atraídos, cual leves mariposas,
Caerán al fin en su encendida llama.

Entonce, oh sol, entonce,
Qué harás en tu áureo trono?
¿Cuál será tu victoria,
Monarca solitario, en abandono,
Acabada tu gloria?
Tú acabarás también: la fría muerte
Alcanzará á tu carro llameante:
Ella te sigue, y nuncian ya tu suerte
Esas manchas que nublan tu semblante.
Qué son ellas?... Tal vez los restos frios
De algun antiguo mundo

Que en olas de vapor hierven sombríos
En tu seno profundo.

Acaso de tus hijos poco á poco
Las heladas cenizas sepulcrales
Envolverán tu frente,
Quedando al fin por ellas, de repente,
Extinguidos tus rayos celestiales.

Las sombras cubrirán el vasto imperio
En que tu ardiente faz resplandecía,
Mas ¿qué importa de ménos un salterio
De los orbes sin fin en la armonía?

Otro sol como tú y otras esferas
En los espacios se abrirán camino,
Renovando en los sitios donde imperas
Del Sol de soles el fulgor divino.

¡Gloria á su nombre!... Un día meditando

Aun más perfecto cielo,
Caerá tal vez al eco de su mando
Roto en pedazos el zafireo velo.
Entonces, como bando

De águilas mil en la extension disperso,
Mundos, estrellas, soles deslumbrantes,
Ráudos chocando en trozos humeantes,
Desierto dejarán el Universo.

La vida luego refluendo toda
Al foco soberano,
Pasará, concentrándose en el seno
De ese infinito, incógnito oceano.

Y acabado por fin cuanto fulgura
En la insondable inmensidad oscura,
Sólo el silencio quedará entre tanto,
Esperando escuchar la voz futura

Del eterno Jehová, tres veces santo.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

RECUERDOS DE ARGENTONA.

A MI PRIMA

DOLORES THOMAS DE SABORIT.

Nido de fragantes flores,
Alfombra de verde grama,
Laberinto de mil hojas,
Cúpula de espesas ramas,
Donde se escondiera amor
Si la venda le faltara.

Arroyuelos que murmuran,
Pájaros que alegres cantan,
Mariposas de colores,
Imágen de la inconstancia.

Lugar de constante dicha,
Cuna de céfiros y auras:
Tal es, mi prima querida,
El Eden cabe á tu casa,

Do te ví por vez primera,
Y en mis brazos enlazada
Aspiramos confundidas
La emanación de dos almas.

¿Te acuerdas, prima, te acuerdas?
Nunca puede olvidar el que bien ama.

Humilde toca de lino
De ardiente sol me libraba,
Mas las brisas que venían
De solazarse en la playa,
Mi tocado descendiendo
Con mis cabellos jugaban.

En el césped matizado
Hundíanse nuestras plantas,
Y en plática entretenidas
Llegamos á tu morada.

A la sombra de los árboles
Alzabase entre las aguas,
Cual cisne de blancas plumas,
Cual isla á quien el mar baña:
Y para ver su hermosura
Espejo doquier hallaba,
Que á sus piés agua tenía,
Y agua también á la espalda.

¿Te acuerdas, prima, te acuerdas?
Nunca puede olvidar el que bien ama.

Me presentaste una copa
Que hospitalidad brindaba,
Y al acercarla á mis lábios
Mi corazón te dió gracias;
Pero no la bebí entera
Para que nunca acabara.

Dejé en el fondo unas gotas
Del licor que rebosaba,
Como símbolo de dicha,
Como un recuerdo del alma.

Los goces y los dolores
Se parten la vida humana,
Y los placeres del día
La noche con hiel amarga;
Por esto, prima querida,
No extrañes que no apurara
El precioso contenido

Que tu mano me alargaba.

¿Te acuerdas, prima, te acuerdas?
Nunca puede olvidar el que bien ama.

La estrella crepuscular
Ya en San Jaime reflejaba,
Y al Burriach descendían
Nocturnas sombras fantásticas,
Cuando sonó de partir
La hora fatal, hora infausta.

A Dios te dije, mi prima,
Querida prima del alma,
El destino me conduce
A otro clima, á otra comarca.

Y mientras que con dolor
De tu lado me alejaba,
Fijé los nublados ojos
En dirección de tu estancia:

Y miré ya confundidos
Castillo, capilla y casa,
Y sólo escuché del río

Las murmuradoras aguas.

¿Te acuerdas, prima, te acuerdas?
Nunca puede olvidar el que bien ama.

A orillas del Manzanares
Y en la pradera que esmalta,

Vengo á recordar mil veces
Tus grutas de flores várias,
Y el poder de los recuerdos
Hace desprender mis lágrimas!

Ni me distraen los bailes,

Ni panderos, ni guitarras,

Ni los arrogantes mozos,

Ni las gallardas muchachas,

Porque á mí, prima querida,

Dios me concedió por gracia,

Recuerdos que siempre viven,

Memorias que nunca acaban.

No olvides, prima, no olvides,

Que en el recuerdo estriba la constancia.

ISABEL DE VILLAMARTIN.

Madrid, Setiembre de 1864.

A UN CAPULLO.

Es tarde! tus tintas rojas
las miro yo sin color;
para mí, bendita flor,
no hay ya perfume en tus hojas.

La luz que en mis ojos arde
se pierde en noche sombría,
dile al ángel que te envía,
que has venido, flor, muy tarde.

Tu lindo cáliz no tiene
recuerdos para mí ya,
porque ilusión que se vá
es desengaño que viene.

Y porque flor que marchita
llanto que el dolor despierta,
es ¡ay! la esperanza muerta
que nunca ya resucita.

La mujer que te ha enviado,
mientras desdeñosa miente,
quiere amargar mi presente
con recuerdos del pasado.

Dile á esa mujer que guarde
la fé que en ella despierta,
porque para un alma muerta
viene su esperanza tarde.

A. ALCALDE VALLADARES.

TARDES DE PRIMAVERA.

(Continuación.)

El cielo, estrellado ya en aquel momento, presentaba toda la hermosura de las noches de primavera. La sensible y aplicada María escuchaba enagenada las instrucciones de su madre, mientras su espíritu se extasiaba con la contemplación de las obras de la naturaleza, gozando esos misteriosos encantos que sólo adivinan almas como la suya. Su madre, señora de claro talento y sentimientos elevados, con su exquisito tacto no omitía medios de desarrollar los preciosos gérmenes que adivinaba en el alma de su hija, á la vez que cultivaba su precoz entendimiento excitando su entusiasmo por la instrucción. No olvidaba aquella completa señora, que el grande deber del que educa, es dirigir todas las facultades del niño hacia Dios, y que la instrucción ha de ser tan sólo el camino y la luz que guie nuestras almas para llegar á El.

—Si es hermosa á nuestra vista, continuó, esa bóveda celeste sembrada toda de brillantes estrellas, ¿cuánto más lo será á la del astrónomo que admira, á la vez que su belleza, las sábias leyes que la rigen? Voy á explicarte de esto, hija mía, lo que por ahora puede admitir tu joven inteligencia.

En primer lugar, la bóveda celeste no tiene la forma ni el color que creemos ver, y está completamente vacía, á excepcion de los astros, como lo prueba un sábio llamado Newton. De todo esto te hablaré más adelante, que lo podrás comprender mejor. La bóveda celeste no es pues más que el vacío inmenso, ó espacio en donde giran los astros. Ahora bien, si en una noche hermosa como esta nos fijamos en el número de ellos, nos parece infinito; pero contándolos con método, observaríamos que no pasan de dos mil. Si entonces usásemos del telescopio, anteojó é instrumento para el estudio de las estrellas, veríamos aumentar su número en muchos millones, sin saber hasta qué punto aumentaría el número de estas, á medida que aumentase la fuerza ampliatiua del instrumento. Y estando estas estrellas como lo están, á muchos

millones de leguas unas de otras, ¿cuál será la extensión, la inmensidad del espacio? Vé aquí, hija mía, una prueba de la pequeñez del entendimiento del hombre y de la grandeza y la omnipotencia de Dios. Teniendo una idea, siquiera sea ligera, de esto, vamos á estudiar las estrellas.

Observa y verás que aquellas presentan su luz rojiza

mientras que el Sol es una de las primeras. Las estrellas fijas son mucho mayores, pues el Sol, que se considera como una de las menores de estas, es un millon cuatrocien-
tas mil veces mayor que la Tierra. Son tambien de distinta naturaleza, porque las estrellas fijas tienen luz propia, es decir, en sí mismas, mientras que las otras,

errantes. En esto han convenido siempre los astrónomos, porque observamos que en veinticuatro horas dan la vuelta de Oriente á Occidente; pero fundándose unos en la simple vista y otros en el estudio y la razón, no han convenido en que estrellas eran las que se movían, de lo que han resultado diferentes siste-



LA PLAZA DE SAN JUAN DE DIOS, EN CÁDIZ.

y centelleante, mientras que estas otras nos la ofrecen blanca y tranquila.

Si durante muchas noches viniésemos á observarlas, veríamos que las primeras permanecen siempre en un mismo punto del espacio, mientras que las segundas iban variando de lugar. Esto prueba lo que en realidad sucede. Las primeras no tienen movimiento, ó si lo tienen es tan pequeño, que las llaman estrellas fijas; mientras que las otras giran en grandes vueltas alrededor de aquellas y se llaman estrellas errantes ó planetas.

La Tierra en que vivimos pertenece á estas últimas,

cuerpos opacos ú oscuros, la reciben de las primeras.

Por eso es muy fácil distinguirlas. ¿Ves esas estrellas que nos ofrecen su luz viva, rojiza y centelleante? son estrellas fijas, y nos la ofrecen así, porque tienen la luz en sí mismas, es propia; mientras que esta otra que está sobre nuestra casa y aquella que aparece sobre el ciprés de la ermita, la presentan pálida y opaca, porque es luz reflejada; la reciben del Sol, en cuyo rededor están, á la manera que la lámpara pendiente en el centro de una habitación ilumina todos los objetos que la rodean.

Te he dicho que las estrellas unas son fijas y otras

mas sobre el movimiento y disposicion de los astros

Por el año 130 de nuestra Era, Tolomeo, fundándose tan solamente en la vista, por la cual vemos cada veinte y cuatro horas aparecer y desaparecer el Sol y todos los astros, sostenia que la Tierra estaba fija en el centro del universo, y que el Sol con todos los cuerpos celestes giraba alrededor de ella.

De su opinion sin duda habrian sido todos los hombres, pues esto no es más que expresar lo que se ofrece á la vista.

MARÍA F. POLAVIEJA.



160

1011

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II, 3.

CÁDIZ Y SU PLAZA DE SAN JUAN DE DIOS.

Una de las ciudades marítimas más bellas que hay en el mundo que conozco, es la que como desprendiéndose del viejo continente y aspirando al nuevo, está tendida en un islote occidental de España. Si á esa ciudad se llega por el mar, es más que ciudad, una esperanza de alegría. Si por tierra, un cisne de piedra, literalmente acariciado por las olas azules del Atlántico, y cobijado por un cielo tan azul como las olas.

El navegante grita "¡Cádiz!" y exhala sus esperanzas con gritos: el viajero se arroba, y si encuentra palabras para expresar el encanto que aquella blanquísima ciudad le inspira, guarda silencio, porque la admiración que le produce aquella inmensidad azul, balanceando sus olas alrededor de la ciudad, sólo le presta la palabra sin voz de los ojos ó los gestos.

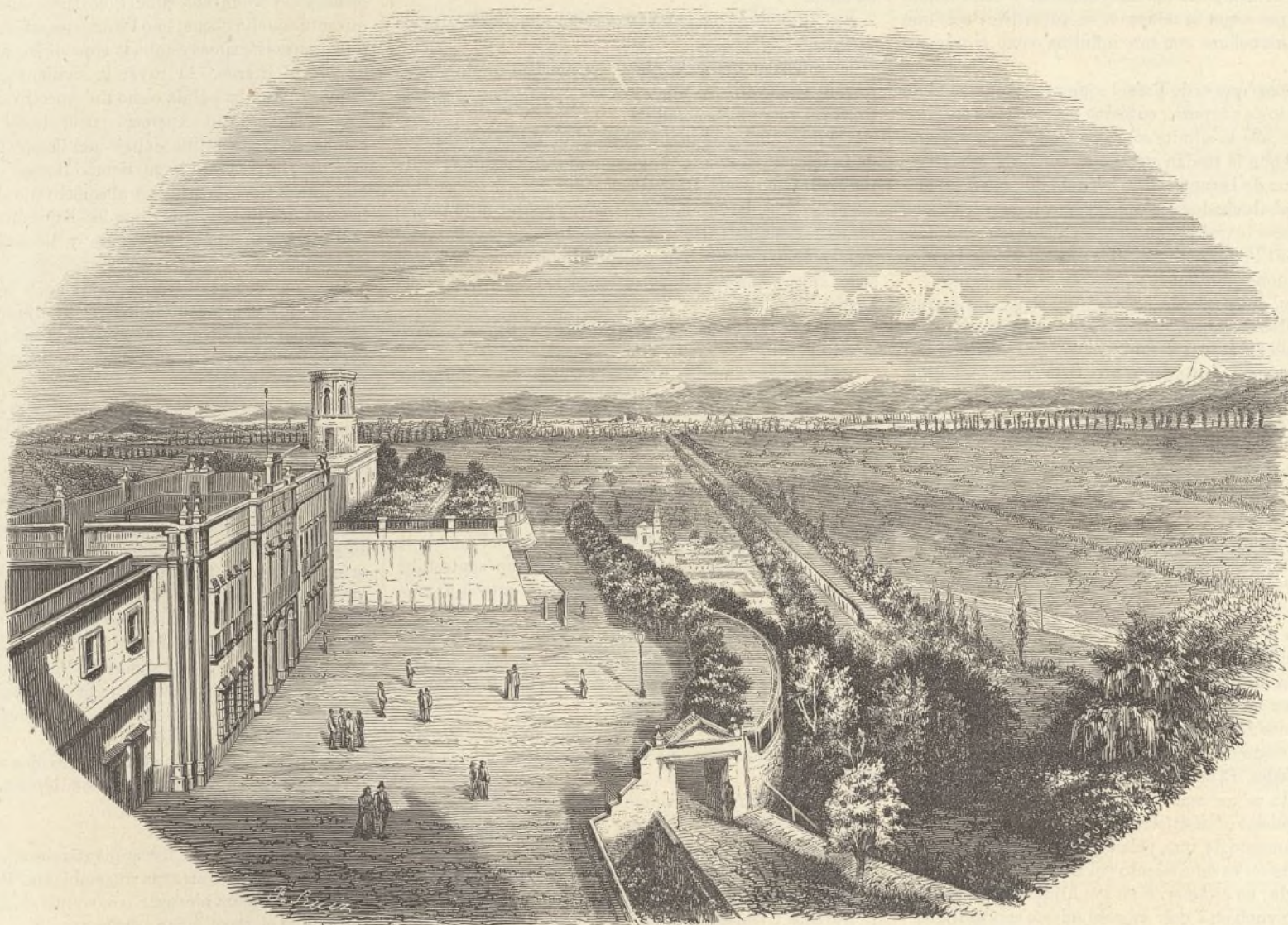
Si el navegante desembarca, el rápido tránsito de la casi soledad del buque á la sociedad, muchas veces mal-

La casa de Ayuntamiento está situada sobre el solar que en 1304 ocupaba la alhóndiga y depósito del pan. Vasto edificio reformado en diversas épocas y con distinto fin, presenta sin embargo en su fachada un conjunto armonioso. Tiene un pórtico sobre el cual se eleva un orden de columnas jónicas; en su centro hay un espacio cerrado por un intercolumnio de tres huecos terminado en un fronton triangular, y una balaustrada corre por todo el cornisamento. Detrás se vé una torre de tres cuerpos, el primero cuadrado, el segundo octógono y el tercero circular, con columnas que sostienen la cúpula. El balcónaje de la fachada es de mármol y en los huecos se ven medallones con copias de las monedas antiguas de Cádiz. La puerta del Mar está dividida en dos, que por evitar la confusión se han destinado una para la entrada y otra para la salida; por la parte exterior tiene cada una un frontis de cuatro columnas con capitel, en cuyo centro se ve el escudo de armas de la ciudad, que representa un Hércules sujetando á dos leones. En su friso de piedra,



¿QUE ES AMOR?

Hay en Cataluña un hermoso pueblecillo, que se espeja en las ondas del azulado Mediterráneo. Le circuyen altos montes, cubiertos de viñedos, y el Torderá le canta alabanzas, murmurando entre los espesos cañaverales. Este pueblo se llama Lloret de Mar. Imposible es que ningún paisaje del mundo ofrezca tantas bellezas como muestran sus contornos. Bosques de altaneras encinas, campos de flores, bulliciosos arroyos, que se esconden entre la grama,



VALLE DE MÉJICO.

decida de los barqueros y de los cargadores, le presenta la vida bajo un nuevo aspecto, casi olvidado, durante sus luchas con el mar; el viajero, con mil promesas mudas de descanso, encuentra promesas de placeres en el cielo sin nubes, en el aire entibiado por el sol, y tal vez en su alma, las agitaciones de aquel mar.

Uno y otro, viajero y navegante, tienen que pasar por la Plaza de San Juan de Dios.

La Plaza de San Juan de Dios, cuya vista damos en este número, es un extenso espacio de figura irregular, con dos hileras de pórticos ó soportales cerrados que sirven de puestos y almacenes y son propiedad del Municipio. En uno de los lados está el Hospital de San Juan de Dios, que dá nombre á la plaza; junto á él se hallan las Casas Consistoriales; enfrente la puerta del Mar, y en el fondo se vé más lejana la torre de la catedral.

El Hospital de San Juan de Dios, que se llama también de la Sta. Misericordia, existía ya en 1505; y desde el año 1614 se encargaron de él los frailes de la Orden, con obligación de tener preparadas veinte camas para otros tantos enfermos, y de decir trescientas diez y siete misas, todo por la módica cantidad de 6.600 rs. En 1812 ya tenía ciento veinte camas y una renta de 23.000 duros en fincas y censos. Hoy está á cargo de la Junta de Beneficencia, y gasta unos 12.000 duros anuales en el socorro de enfermos y pago de empleados. Es edificio bastante espacioso, y con capacidad para colocar hasta trescientas camas.

que corre por ambas puertas, se halla una leyenda que dice: *Dóminus custodiat introitum tuum et exitum tuum*. Esta leyenda, además de su genuino significado, sirve para indicar cuál es la puerta de entrada y cuál la de salida, estando el *introitum* sobre la primera y el *exitum* sobre la segunda.

La catedral, que es de mármol blanco hasta la altura de los capiteles, comenzó á edificarse en 1722 y se terminó en 1838 por los cuidados y celo del venerable Obispo D. Domingo de Silos Moreno. Se han invertido en esta obra cerca de 30.000.000 de rs., y como empezada en el siglo XVIII y continuada por Arquitectos diferentes, es de más riqueza que gusto artístico. La iglesia tiene ciento cincuenta y una columnas corintias, tres naves y catorce capillas. La fachada cuenta setenta y cinco pies de elevación, y tiene una puerta para cada nave. El panteón, el presbiterio, hermoso y desahogado, la belleza del pavimento, la abundancia de mármoles en todas partes, admiran y sorprenden.

Por lo demás, todo el mundo sabe cuan célebre es y ha sido Cádiz. Primitivo asiento de los Fenicios y Cartagineses, emporio del comercio en todas épocas, refugio de nuestra independencia á principios del siglo, en que hizo los sacrificios más heroicos, cuna de las modernas instituciones, defensora decidida de ellas, su nombre despierta ideas de gloria consignadas en los anales pátrios y merece que la consagremos un cariñoso recuerdo.

X.

pájaros atraídos por la espesura, nada falta á este lugar de delicias para embelesar los ojos, para extasiar el alma. Y luego el mar, cubierto de barquichuelos pescadores, en cuya blanca vela juguetea la brisa; el mar siempre sereno y apacible, reproduciendo en sus ondas las casas agrupadas del pueblo y el promontorio donde se asienta la ermita de Santa Cristina.

Oh! ¡felices los que pueden pasar su vida escondidos en este asilo de la paz y la ventura; felices los que pueden saludar cada día el sol, contemplando los bellísimos paisajes en donde se divisa la mano del Criador omnipotente! Una naturaleza virgen, un aura pura, saturada de perfumes, comunica brillantez á la fantasía y enaltece el alma.

Yo pasé tres meses en este delicioso pueblecillo, y su recuerdo será siempre el más grato recuerdo de mi vida.

Una mañana me levanté con los pájaros cantores, y me dirigí á la ermita de la Virgen de las Alegrías. Bien pudieran llamarla de las rosas, porque el camino que conduce á ella está defendido á derecha é izquierda por altos y espesísimos rosales que casi le sirven de vallado.

El cielo era sereno y azul, el sol doraba únicamente las cimas de los montes, la yerba estaba húmeda con el rocío de la mañana. Mi corazón palpitaba de alegría, y de vez en cuando detenía mis pasos para oír los melancólicos trinos de un pajarillo que llamaba á su avecilla compañera, ó contemplar las brillantes alas de una mariposa que revoloteaba en torno de una flor para buscar abrigo

en su corola. Y, cosa extraña, la flor parecía erguir unas veces su tallo y otras cerrar púdicamente su broche, como la cándida virgen que niega instintivamente lo que el amor le manda conceder.

Llegué á la ermita; pero sus puertas aún estaban cerradas, y me ví precisada á continuar mi paseo.

Sin embargo, quiso mi buena suerte que al llegar á un bosquecillo de naranjos divisara á una de mis amigas sentada sobre el tronco de un árbol y leyendo atentamente. Al oír el ruido de mis pasos, dejó caer el libro y levantó la cabeza. Sus mejillas estaban inundadas de lágrimas.

—¿Qué lees, Adela? le pregunté.

—«La Piel de Zapa», de mi autor querido, porque es el autor del infortunio, de Balzac.

—¿Y qué es lo que así te ha conmovido?

—Oh, Dios mío, la indiferencia de Fédora! ¡Pero crees, repuso tímidamente, que el amor de Rafael es el amor verdadero?

—El amor no tiene forma decidida, porque la recibe del alma que le engendra. En una palabra, el amor es como la luz, que se compone de siete colores, y cada objeto absorbe el que mejor se adapta á su superficie: sólo que en el amor los colores son tan infinitos como el número de los seres.

—¿Pero crees que el de Rafael, que no quiere á su ídolo sino revestido de púrpura, cubierto de encajes y crugiente seda, que sólo le admite sobre un trono de oro rodeado de esclavos que le rindan vasallaje, que quiere contemplarlo á la luz de las antorchas, cercado de pebeteros que despidan embalsamados perfumes y al son de una música deliciosa; crees tú que el que ama así ama bien, ama verdaderamente? Porque, en fin, dice una fábula de Iriarte, que las opiniones son muchas, pero la verdad es una.

—Ay! ¿y quién puede jactarse de conocerla, pobre amiga mía? No obstante, si he decírtelo lo que pienso, creo que en Rafael sobrepuja la fantasía al sentimiento. Creo más; creo que ese sentimiento no existe, y que su amor adolece de la misma falta que tan amargamente reprocha á Fédora. Creo que su pasión estaba en su mente; sólo que su mente era de un poeta, y la de Fédora de una mujer fría y egoísta. ¡Pobre amor me parece, en verdad, el que para existir necesita de los rayos del sol y del aplauso del mundo!

Porque el que ama así, se parece á un viejo gastrónomo que necesita condimentos picantes y manjares raros, para que sirvan de estímulo á su embotado paladar. Ese amor carece de vida propia: luego, ¿cómo ha de ser perfecto? ¡Mira si nó, Adela mía, mira los pajarillos, cómo buscan la oculta espesura, para entonar sus amantes cantinelas; mira las flores, que sólo á los pálidos reflejos de la luna abren su pudoroso broche, para ofrecer un asilo al adorado insecto! Todos los seres de la naturaleza esperan la luz velada del crepúsculo para celebrar sus misteriosos esponsales. El amor que necesita para existir de un inútil oropel, es un amor bastardo, mezcla extraña de vanidad y egoísmo, tan diferente del puro amor del alma, como un diamante de una pelada guija. El sentimiento que se ostenta no es sentimiento; el amor del cual se hace público alarde, no es amor. Sólo son hijas del corazón las lágrimas que vuelven á caer sobre el mismo corazón, ignoradas del mundo entero.

—Señorita, una limosna, dijo á este tiempo una voz dulce y melancólica á nuestro lado.

Volvíme precipitadamente, y ví detrás de mí á una anciana encorvada y descolorida.

Parecía que las pesadumbres, y no la vejez, habían sellado su rostro con prematuras arrugas, y en sus ojos brillantes parecían descubrirse aún la huellas de la juventud, marchita ántes de tiempo.

—Tomad, madre Carolina, dijo mi amiga sonriendo, y poniendo en la mano descarnada de la vieja una moneda de cobre.

Yo seguí su ejemplo casi maquinalmente, porque estaba absorta contemplando á la pobre anciana, en cuya dulce fisonomía me parecía leer toda una historia de sufrimiento.

La vieja se alejó llenándonos de bendiciones. Entonces ví que la seguían dos niñas, rubias y rosadas como dos ángeles de Rafael. La una arrastraba una silla, la otra llevaba una cestita. Cuando llegaron á la puerta de la ermita, la vieja se sentó en la silla y se puso á hacer calceta; las niñas fueron á coger rosas, sin duda para ofrecerlas ante el altar de la Madre de los Desvalidos.

—Te sorprende esa mujer? me preguntó Adela; ¡pues si supieras cuán desdichada ha sido! Su vida es una verdadera historia. Quieres que te la cuente?

Yo por toda respuesta me senté á su lado sobre la rústica alfombra. Adela empezó así:

—¡Ay, esa pobre mujer, á la cual ves tan agobiada y macilenta, también ha tenido su risueña primavera! ¡Quién sabe lo que harán de nosotras el tiempo y la desdi-

cha, cuando hayan pasado algunos años! Carolina era huérfana y pobre. Vivía con unos tíos avaros y egoístas que la hacían sufrir toda clase de martirios; pero era tan buena, tan dulce, tan resignada, que sólo respondía á los castigos y á los reproches con palabras de ternura; y cuando la vejez enervó á aquellos seres desapiadados, cuando postrados en el lecho no tuvieron más amparo que el de Carolina, ella les pagó con usura en caricias y desvelos todo el mal que la habían causado.

Como todas las jóvenes del país hacía primorosas blondas, y merced á un trabajo asiduo, podía subvenir á su existencia y á la de sus desdichados tíos.

No obstante, cuando llegaba el día de fiesta y se ponía su corpiño negro y su saya de muselina, á pesar de la sencillez de su traje, era la que se llevaba tras sí todas las miradas. Porque dicen que era muy bella: tenía una tez de nácar, ojos azules y cabellos de oro. Los cabellos, sobre todo, eran tan sedosos y tan abundantes, que formaban una diadema sobre su pura frente.

Muchos la amaron: uno tan sólo obtuvo los tesoros de su amor.

Era un bello joven; huérfano como ella; como ella sin fortuna.

Se conocían desde la niñez: se amaban desde que se habían conocido. Su amor era tan puro como el que se profesan entre sí los serafines.

Un día, ambos tenían veinte años, acababan de salir de la iglesia, en donde habían orado de consuno, ante la Madre del Amor Hermoso.

—Carolina, la dijo el joven: yo soy pobre, muy pobre; mi jornal es muy corto y es preciso no obstante pensar en unir nuestro destino. He consultado mi proyecto con el señor cura y él me ha dado su bendición; ¿me darás tú la tuya?

—De qué se trata, Jorge? exclamó Carolina palideciendo.

—Marcho á América á hacer fortuna. El capitán del *San Antonio* ha prometido llevarme consigo y cuidar de mí durante el viaje.

La pobre niña trató en vano de oponerse á su proyecto. Jorge partió, porque soñaba un tranquilo porvenir para su amada. Carolina le esperó diez años. Sus tíos bajaron uno tras otro á la tumba y quedó sola. Era bella y la acecharon infinitos adoradores, los jóvenes más ricos del pueblo la ofrecieron el título de su esposa. Carolina contestaba siempre con una melancólica sonrisa, que estaba prometida á otro.

—Jorge ha muerto ó te ha olvidado, la decían sus amigas.

—No ha muerto, porque aún palpita mi corazón, respondía con sencillez la joven; y si me ha olvidado, ¡ojalá sea tan dichoso como yo deseo!

Y pasaba un día tras otro día, y la pobre huérfana trabajaba incesantemente para atender á su mezquina subsistencia.

Pero Jorge ni había muerto ni la había olvidado. Al cabo de diez años llegó á Lloret, y besó con transporte el suelo, en el cual respiraba su adorada.

Tenía treinta años; estaba bello, pero muy pálido. La suerte le había mostrado su adusto ceño. ¡Cuando á costa de trabajos y penalidades sin cuento, había podido reunir un pequeño capital, se lo habían robado las irritadas ondas!

Volvía tan pobre como se había ido.

—Trabajaremos, dijo Carolina enjugando con un beso, el primero, las lágrimas que corrían por las pálidas mejillas de su amado.

Pero Jorge, no sólo no había reportado ningún fruto de su penosa peregrinación, sino que había perdido la salud. Había contraído una enfermedad de pecho que le hacía inhábil para el trabajo, y le conducía á pasos agigantados á la tumba. Oh! ¡cuánto aumentó Carolina sus vigilias para subvenir á las necesidades de los dos! ¡Cuántas lágrimas derramó en el silencio de la noche!

Había venido de América, en el mismo buque que Jorge, una rica viuda.

Por una fatal coincidencia, fué á habitar una casa, cuyas ventanas daban enfrente de las de Jorge, y lo que es peor, pasaba todo el día asomada á la ventana. Carolina tuvo celos. Bien sabía que el corazón del joven la pertenecía por entero; pero aquella mujer era bella, rica y artificiosa.

Una tarde estaba sentada con Jorge á la puerta de su casa, y contemplaba con secreta angustia los estragos que iba haciendo en su semblante la terrible enfermedad.

En aquel momento pasó la rica viuda: iba lujosamente vestida, y llevaba en la mano un ramillete de flores.

Al llegar delante de Jorge, lo dejó caer, y fijó en él una lánguida mirada.

El joven lo cogió y quiso dárselo.

—Guardadlo! dijo la viuda con halagadora sonrisa, y se alejó.

Carolina, transportada de celos, cogió el ramillete, y lo estrujó entre sus crispados dedos.

—Niña! dijo Jorge con dulce reproche, ¿no sabes que eres la esencia de mi alma! ¡Cómo crees que pueda olvidarte nunca!

Pero aquella escena era demasiado fuerte para sus débiles fuerzas, y no pudo resistirla.

Se levantó tambaleándose y se marchó á su casa.

—Os hacéis desgraciados mutuamente, dijo una ofensiva vecina, que había presenciado el lance. Tú sobre todo, sin quererlo y sin saberlo, labras su desdicha y le condenas á la muerte. Esa mujer le ama, y si tú le dejas se casará con él. Porque no hay que hacerse ilusiones; Jorge está malo, no puede trabajar, y su horrible posición agrava su enfermedad. ¿Sabes lo que le ha dicho el médico? Que si no toma pronto las aguas, de no sé donde, está irremisiblemente perdido. Ahora bien: si se casa contigo se muere, ¡y si se casa con ella se salvará y podrá ser dichoso!

Carolina cerró violentamente la puerta y fué á caer desmayada sobre una silla. Sólo Dios sabe lo que sufrió durante aquella noche; sólo los ángeles saben cuán henchida de puras lágrimas estaba la copa de su amargura, que ofreció al Eterno. Al rayar la siguiente aurora, abrió la puerta: estaba pálida como un espectro, y sus cabellos habían blanqueado. Apareció en el dintel de la puerta con un pequeño hatillo debajo del brazo. Dirigióse á la casa de Jorge, y oró largo tiempo debajo de sus ventanas; luego fué á la iglesia y al cementerio donde reposaban sus dos tíos, y ántes que los habitantes del pueblo se dispertasen, tomó lentamente y llorando el camino de Gerona.

Era aún bastante hermosa para que se cebase en ella la maledicencia. Mucho se habló y se dijo sobre su extraña desaparición. Al cabo de un mes, Jorge, ciego de despecho, juró ante los altares consagrar su existencia á la enamorada viuda.

Mas ¡ay! que las riquezas no bastan para labrar la felicidad de un corazón amante; ay! ¡que su nueva esposa estaba muy lejos de poseer las apacibles virtudes de Carolina! Rosa, que así se llamaba la viuda, era negligente, caprichosa, casquivana y de un carácter insufrible. Su amor hacía Jorge era un antojo de su fantasía, y después de satisfecho, pronto lo remplazó con otro. Jorge sufrió mucho, y á pesar de eso vivió, porque sólo Dios puede contar los granos de arena de que consta la vida de los hombres. Nunca volvió á hablar de la prometida de su corazón; pero pasaba todo el día en un huertecillo contiguo á su casa, todo sombrado de carolinas. Parecía que su vida estaba reconcentrada en aquellas flores, y cada nuevo botón le arrancaba una sonrisa; cada flor marchita, una lágrima doliente.

No obstante, tenía cinco hijos; pero cinco hijos educados en el desorden, que habían aprendido desde la infancia á despreciar á su padre.

Pasáronse quince años.

El desborde de Rosa iba aumentándose, á medida que la vejez surcaba de arrugas su semblante. Para conseguir lo que ya no podía alcanzar con su marchita hermosura, derramaba el oro á manos llenas.

Pronto quedó completamente sin recursos, y la miseria se acercó á su casa desmantelada, con toda su horrible pompa.

Jorge, delicado siempre, y más que postrado entonces, no podía trabajar. Rosa no tenía recursos en sí misma, y sus hijos mayores, que nada sabían hacer, sólo contribuían á precipitar su ruina.

Rosa enfermó gravemente; su marido no pudo resistir á tantos males, y perdiendo el resto de sus fuerzas, quedó imposibilitado. Los amigos los abandonaron; los hijos, lejos de cuidarlos, cogían los objetos que aún no se habían vendido para satisfacer el hambre, y corrían á venderlos para entregarse al juego.

Era un espectáculo espantoso el que ofrecía aquella casa, y recordaba las palabras del Evangelio, que dice que la muger indolente matará á su familia y destruirá su hacienda.

Un día, cuando las sombras del crepúsculo iban amontonándose sobre el suelo, una pobre muger se acercó al lecho de la enferma.

—Señora, dijo con voz trémula, necesitáis una criada. Yo me ofrezco á servirlos, interin dure vuestra enfermedad. Ya me pagareis cuando vuestra suerte mejore.

Jorge, sentado en un sillón de cuero cerca de la ventana, dió un grito ahogado. La muger se acercó á él y le estrechó la mano en silencio. Entonces las miradas de entrambos se encontraron y reflejaron con sublime elocuencia toda una vida de amor, de abnegación y sufrimiento.

Jorge extendió su mano hacia el patio, sembrado de carolinas; la muger elevó sus ojos al cielo, resplandecientes de un júbilo infinito.

Desde aquel día ya no faltó lo necesario en aquella desolada casa.

Carolina había ido á Gerona, en donde había ganado mucho con sus primorosas blondas.

Había vivido constantemente sola, inaccesible al amor, siempre fiel á sus recuerdos. A la primera noticia de la desgracia de Jorge, todo lo había abandonado: casa, intereses y reposo.

La enfermedad de Rosa duró diez meses: jamás una hija querida recibió tan solícitos cuidados de su madre como Rosa de Carolina, á quien por su fortuna jamás reconoció. La había visto poco y estaba muy cambiada.

Al cabo de diez meses de horribles sufrimientos espiró en sus brazos, llenándola de bendiciones. Su muerte aceleró la de su marido. Una mañana, cuando Carolina entró á llevarle una taza de leche caliente, Jorge la cogió la mano. Nunca lo había hecho; nunca la había dirigido ni una sola palabra relativa á lo pasado.

—¡Me voy, la dijo sonriendo; no te diré que te he amado siempre; tú ya lo sabes; no te daré las gracias por tus beneficios; tú no lo necesitas! ¡Me voy: te recomiendo á mis pobres hijos, que no tienen más patrimonio en este mundo, que las funestas semillas de una mala educación! Una mujer virtuosa irradia sus virtudes sobre cuantos seres la rodean. ¡Me voy tranquilo, porque quedas á su lado! Adios, mi ángel, mi Carolina; recibe mi bendición!

Carolina se postó de rodillas. Jorge puso sus trémulas manos sobre su frente y la bendijo.

—¡Adios, murmuró; voy á esperarte en el seno de Dios, donde se juntan los que se han amado en este mundo!

Y fijó sus ojos en el cielo, y se dibujó en sus labios la sonrisa de los bienaventurados.

Carolina lloraba á sus pies. Cuando levantó la cabeza vió que su amado sonreía siempre, pero estaba inerte. Entonces se arrojó sobre él y besó con transporte aquel corazón, que sólo había palpitado para ella; cerró aquellos ojos que habían sido la luz de su existencia...

Adela se detuvo sofocada por la emoción.

—Y bien? la pregunté con interés.

—Carolina pagó con el dinero de sus economías de quince años todas las deudas de Rosa; alquiló su casa y sólo se quedó con el cuartito en donde murió Jorge, y el huertecillo donde se ostentaban las flores que él amaba tanto. Allí habita con esas dos niñas pequeñas, que son dos gemelas. Los tres mayores los ha puesto en colegios, y como no tiene bastantes recursos para atender á tantos gastos, implora la caridad pública para los huérfanos, y hace calcetas para mantenerse á sí misma. Hé aquí su historia.

Yo me levanté transportada de entusiasmo, corrí á la ermita y vacié mi bolsillo en la falda de la pobre vieja.

—Hé ahí cómo concibo yo el amor, exclamé volviendo al lado de Adela. El amor, hijo de Dios, esencia de Dios mismo, está formado de caridad y abnegación; sólo se alimenta de sacrificios y de ternura. Es un ángel, suspendido por Dios en el espacio, tocando en la tierra con un ala y en el cielo con la otra: es el dulce intermediario entre el hombre y su Creador, que hace bajar las delicias del paraíso á este páramo de amargura, que eleva el alma hasta los espacios inmortales. Es, por fin, una anchurosa pira, en donde las impurezas del corazón se convierten en ceniza; en donde las virtudes, como el amianto, salen inmaculadas y brillantes.

Ah! ¡Cuando le veais rastrear sus alas por el cielo, cuando descubrais en ellas huellas de las pasiones mundanas, no le deis el nombre de amor, porque es mancillar el precioso talisman que Dios ha entregado al hombre como emblema de sí mismo.

ANGELA GRASSI.

LA ABADIA.

NOVELA DE RODOLFO JOPFFER

libremente arreglada

POR MICAELA DE SILVA.

(Continuación.)

Quién sabe? Acasó el movimiento de los gansos, más que señal de impertinencia ó de avaricia, era efecto de las misteriosas leyes que presiden al espíritu de asociación... El graznido de las aves acuáticas me trajo á la memoria el cuento del sochantre, y no se crea que lo digo por burla, la prueba de que no era malicioso el recuerdo, es que me puso de mal humor. El tal sochantre me había dado á conocer, ántes que otro alguno, la humillación, el miedo, casi el odio, sentimiento que rechazaba mi corazón, de suyo afectuoso. Desempeñaba el tal hombre las triples funciones de sochantre, sacristán y maestro. Era tenido por justo y celoso en el cumplimiento de sus deberes. A mis ojos era malo, si bien mi fallo distaba mucho de ser imparcial. En él influían mis resentimientos personales... Por amor á la justicia, me había denunciado á los guardas y propietarios del contorno,

formándome así la reputación de un vergante incorregible... Como celoso maestro, me había dado á conocer la fuerza de su brazo y la sonoridad de sus robustas palmas... Si hubiera sido mi único preceptor, acaso, reconociéndome culpable, hubiera podido atribuir sus coléricos arrebatos á una santa indignación, pero á su lado veía otro ejemplar modelo de virtudes cristianas, y la indulgencia, la mansedumbre, la bondad del señor cura, formaban tal contraste con la intolerancia, la ira, y la dureza del otro, que me hacía doblemente antipática su decantada justicia... De modo que, para mí, existían dos clases de virtud; una intransigente, iracunda, rígida y fastidiosa; la otra indulgente, mansa, suave y digna de ser eternamente seguida y alabada.

Otra de mis quejas se fundaba en el descomedimiento de su lenguaje. Según iba yo creciendo, iba el hombre variando de sistema y de argumentos; dejé de palmetas y disciplinas, y en vez de abofetearme me ultrajaba prodigándome los dicitos, y mostrando una desconfianza, no del todo inmerecida, puesto que con él me creía dispensado de ser ingenuo... Al señor cura siempre le hablaba, como suele decirse, con el corazón en la mano, y satisfecho con rendir este homenaje á la verdad, absolvíame á mí propio de las mentiras, de los rodeos y maliciosas reticencias que con el otro usaba.

Tales provocaciones no debían quedar sin castigo, y no tardaron en recibirle muy grande. Un día que, con la no muy sana intención de zaherir su irascibilidad, hice grandes encomios de la paciencia de mi bienhechor, respondíome brutalmente diciendo: «El señor cura se pasa de bueno, y hace mal en criar con tanto mimo á un expósito.»

Esta palabra se clavó en mi corazón; y casi muerto de vergüenza, corrí á esconderme y llorar mi afrenta en el rincón más oscuro de la casa. En muchos días no pude calmar la dolorosa irritación que produjo en mi alma.

Huí del maestro como del diablo, y mis días más felices eran los que pasaba sin verle ni oírle: su ausencia me devolvía la confianza, y sólo entonces respiraba libremente.

Sin embargo, al considerar que aquel hombre aborrecido era el padre de Luisa, sentíame penetrado de una veneración involuntaria, deseaba captarme su voluntad á fuerza de obsequios, de humildad y ternura, decíame á mí mismo que para ser amado es preciso hacerse amable, y que mis sacrificios, mi abnegación y buenos procederes, podían cegar el abismo que nos separaba... De modo que si al verle torcía el gesto, allá en el fondo del alma le honraba y sentía la necesidad de amarle.

Pensando en esto, habíame tendido sobre la yerba con el sombrero colocado á guisa de pantalla, encima del rostro, y el brazo extendido sobre la verde alfombra.

En esta postura continuaba, cuando hacía el dorso de la mano derecha sentí un hormigueo que poquito á poco iba extendiéndose hasta la primera falange del pulgar. En la soledad y el ocio, cualquier cosa es un acontecimiento. Incorporóme á fin de averiguar la causa del escarabajo, y halléla en un bichito muy cuco, muy rechoncho y lindamente ataviado con un traje de púrpura salpicada de pintas negras... Por lo visto el tal viajero se proponía examinar las curiosidades de mi diestra mano; despues de salvar el promontorio del primer nudillo, continuaba sosegadamente su marcha... Ganas me dieron de festejarle y hacerle los honores del país... Cogí una paja, y ajustela entre las yemas del índice y el pulgar, formando así un bonito puente... Valime de mis mañas, y cerrándole toda salida, obliguéle á encaminarse por él, y vile, con indecible satisfacción, que avanzaba sin cuidarse del hondo abismo en cuyo fondo los pliegues de mi oscuro pantalón debieron parecerle las desiguales crestas de algún horrible precipicio... El audaz explorador no daba señales de mareo, mas en poco estuvo que ocurriera un siniestro, hundiéndose á la par el puente y el caminante... por fin enderecé al primero, y el segundo arribó felizmente á las alturas del índice, que por más señas, aparecían ennegrecidas por un gran borron.

Esto me hizo acordar de una carta que llevaba en el bolsillo, y debía entregar en mano de mi querido bienhechor.

Era este un venerable sacerdote, abad ó pastor, cuyas ovejas se hallaban esparcidas por las chozas y caseríos inmediatos á la iglesia y casa parroquial, designada en el país con el nombre de *Abadía*: en la casa vivían el cura, el sacristán y otros dependientes de la parroquia... era un edificio aislado, y en él se hallaba establecida la escuela y la botica.

Cuando era yo muy chiquitín, recuerdo haber llamado padre al señor abad, pero despues hice lo que todos sus feligreses, es decir, le llamé unas veces señor abad, y otras señor cura, pues ambos nombres le daban en el país. Yo le quería como á verdadero padre mío.

Más adelante supe que para mí era más que padre: una palabra que llegó á mis oídos, impregnada de la hiel de un injusto desprecio, bastó para darme á conocer lo mucho que á su amor debía... y desde aquel momento, le veneré como al ángel de mi guarda. El filial cariño, la familiar confianza que su bondad me inspiraba, trocáronse, desde aquel día, en una especie de adoración interna... Me le representaba pobre y lleno de caridad, recogiendo mi abandonada cuna y velándola con la solitud de una madre cariñosa, de un San Vicente de Paul.

Veíale sonreír á mis juegos, disculpar mis travesuras... y sentía mis faltas de modo que su visible tristeza servíalas de poderoso correctivo... por no afligir al señor cura, me contenía muchas más veces que por el miedo á los regaños del maestro...

Uno de sus mayores cuidados, era el ocultarme la inferioridad en que me colocaba el vicio de mi nacimiento, colmábame de caricias, de cuidados y atenciones, como si tratara de realzarme con su estimación á los ojos de sus amados feligreses y á los míos propios, compensándome anticipadamente de los desdenes del mundo.

(Se continuará.)

Explicación del Figurin 1007.

Correspondiente al 26 de Diciembre de 1871.

FIG. 1.^a—*Traje de paseo*. Vestido de satén de lana azul, guarnecido de tiras de piel negra, y talma azul de tono más oscuro, bordada de soutache negro y adornado de fleco también negro. Esta talma, de última moda, se completa con una preciosa capuchita forrada de raso blanco. Sombrero azul con ruche de encaje negro y en el centro una pluma blanca y rizada.

FIG. 2.^a—*Traje para teatro*. Elegante túnica de terciopelo negro muy abierta de delante adornada con una cinta y lazos, boton de oro y volante fruncido de encaje blanco. Chaleco escotado de raso boton de oro, y falda de tarlatana cubierta hasta arriba y alternativamente de ruches de raso boton de oro y volantes fruncidos de encaje blanco. Sarta de perlas en el cabello.

FIG. 3.^a—*Traje para reunión*. Vestido de failli verde. Adorna la primera falda ancho volante tableado y encima un escarolado de la misma tela. Igual adorno ostenta la segunda falda. Peinado de trenzas con diadema de jazmines y hojas verdes que termina por atrás en una larga caída.

Explicación del Figurin 1008.

Correspondiente al 2 de Enero de 1872.

FIG. 1.^a—*Traje de baile*. Este elegantísimo traje, no necesita explicación. Es de failli rosa, adornada la falda, que dibuja extensa cola, con un volante de encaje puesto en ondas y encima una ruche de raso blanco. De cada pico inferior pende una borla de seda rosa. El mismo adorno realza las demás partes de que se compone el traje. Sprit blanco en el cabello, y guantes blancos.

FIG. 2.^a—*Otro traje de baile*. Este, aunque más sério, rivaliza con el primero en elegancia y distinción. El vestido de seda violeta, que dibuja extensa cola, lleva túnica de tarlatana blanca, adornada con un escarolado de la misma tela, y ramos de flores con caída. Las mismas flores realzan el peinado.

FIG. 3.^a—*Traje de visitas*. Es de satén de lana de dos tonos del mismo color admirablemente combinados. El sombrero, del tono más oscuro, lleva pluma rizada del tono más claro y sprit verde á la derecha. Guantes color de lila.

Explicación del Figurin 1009.

Correspondiente al día 10 de Enero de 1872.

FIG. 1.^a—Siendo esta la época de los bailes y las reuniones, damos otro traje de baile tan bello y elegante como el de los figurines anteriores, el cual se compone de un vestido de failli ó raso blanco, encaje blanco y cinta rosa, collar y diadema de cuentas rosa, y guantes blancos largos.

FIG. 2.^a—*Traje de reunión*. Vestido de seda azul, adornado con volantes y ruches de la misma tela, camiseta y mangas de encaje y lazo azul en el cabello.

FIG. 3.^a—*Traje de baile para niña*. Falda y chaleco de seda color de fuego, adornada la falda con lazos de lo mismo, segunda falda y túnica escotada de tarlatana á rayas blancas y rosa. Cintas color de fuego en el cabello y botas altas del mismo color.

Explicación del Figurin 1010.

Correspondiente al presente número.

FIG. 1.^a—*Traje para niña*. Vestido de satén de lana azul adornado con cintas blancas y botones también blancos. Sombrero redondo con ala levantada azul, copa blanca, sprit á un lado; botas negras.

FIG. 2.^a—*Traje para paseo*. Vestido de lana color bismark, redondo, y que apenas toca al suelo. Abrigo *Pomeré* de paño gris con larga esclavina, bordado de soutache y orillado con una cinta y fleco del color del vestido. Sombrero compuesto de un tableado de raso gris, y cintas y flores del color del vestido.

FIG. 3.^a—*Traje para visitas*. El vestido de seda verde, no muy largo, lleva en el bajo patas de terciopelo orilladas de encaje negro. Abrigo de terciopelo negro, guarnecido con el mismo encaje. Sombrero verde con un gran lazo de terciopelo, y velo de encaje también negro.



LEYENDA DINAMARQUESA.

Refiere una antigua tradicion, que un campesino se presentó en el palacio del Rey de Dinamarca, llamado Hrolf el grande, por su sabiduría, y se quedó estático y suspenso al contemplarle.

El rey era todavía muy joven y poco crecido, pero de dulce fisonomía y aire noble.

Ya empezaba á manifestar alguna de las cualidades que habian de hacerle uno de los reyes más célebres de la antigüedad en el norte pagano, y así le dijo con tono afable:—¿Qué querías decirme, que tan parado te quedas?

El campesino contestó al punto y sin turbarse en lo más mínimo:

—Cuando yo estaba en mi casa oía decir que el Rey Hrolf en Hledra era el hombre más grande de todos los países del Norte, y ahora he venido aquí y no encuentro en el trono más que á una corneja (kraki) pequeña, á la que dan el nombre de Rey.

Este, lejos de incomodarse, respondió sonriendo:

—Hasta ahora no me he llamado más que Hrolf; pero en lo sucesivo mi nombre será Hrolf Kraki, para que este apodo me recuerde la humildad, que debe ser compañera inseparable del mérito y su mayor realce.

Y tú, añadió quitándose del dedo un anillo de oro engastado de piedras preciosas, que has tenido el raro valor de hacer llegar la verdad á mis oídos, toma este anillo, que te permitirá entrar en mi palacio y en mi habitacion siempre que quieras darme un consejo ó advertirme de un peligro. Te regalo tambien una casa á orillas del mar, y todos los terrenos que la circuyen, para que puedas vivir independiente.

El campesino se postró de rodillas, y proclamó que el rey, si no tenia gran estatura, tenia en cambio un corazon tan grande que no cabia en el universo.

MARAVILLAS DEL SIGLO XIX.

Terminada la perforacion del monte Cenis, se trata ya de perforar el gigantesco San Gotardo, monte de Suiza, que tiene dos vertientes, italiana la una, que pertenece al canton del Ticino, alemana la otra, que hace parte del canton de Uri. Dela primera baja el rio Ticino, que desemboca en el lago Mayor, para volver á salir á Sesto Calende; de la segunda el Reuss, que se sumerge murmurando en el lago de los cuatro Cantones.

Los dos pueblos más altos de ámbas vertientes, son Airole y Goeschén, junto á los cuales se abrirán dos agujeros para la proyectada galería, que debe tener 200 metros más que la galería Fréjus; pero la experiencia adquirida ya de semejantes obras, y el material y personal transportados del Monte Cenis al San Gotardo, harán que el trabajo sea más rápido y más seguro. Se cree que la galería del San Gotardo podrá terminarse en nueve años, la mitad del tiempo empleado en las excavaciones del Fréjus.

Al ver estas concepciones gigantescas é inmortales del hombre, cuya existencia es tan miserable y finita, podrá negarse que es hijo de Dios, y de Dios recibe la inspiracion y el aliento para llevar á cabo sus portentosas obras?

CONSEJOS DE HIGIENE.

ANÉMIA.—COLORES PÁLIDOS.

Supérfluo sería hacer el elogio de las preparaciones ferruginosas para combatir estas enfermedades. Todo el mundo admite hoy como una verdad indiscutible que el hierro es un agente de maravillosa eficacia para combatir las antedichas afecciones.

El hierro es un medicamento de tal manera heroico, que no debe extrañarse que se trate á cada paso de multiplicar las formas bajo las cuales se les prescribe á los enfer-

mos. Gran número de estas preparaciones ofrecen el inconveniente de ennegrecer la dentadura, ó de fatigar el estómago, ó de producir tenaz constipacion.

Las *Píldoras de Vallet*, de carbonato de hierro, no ofrecen ninguno de estos inconvenientes. Gracias á su notable eficacia como tónico poderoso en los casos de colores pálidos y enflaquecimiento, han recibido la aprobacion de la Academia imperial de Paris.

El valor inmenso del V.º B.º de la Academia es mayor todavía cuando se trata de un ferruginoso. Este género de medicamento se presenta bajo tantas formas, que á veces no sabe uno cuál elegir entre tantas preparaciones. M. Bouchardat, profesor de la Escuela de Medicina



¡NARANJAS!... ¡LA NARANJERA!

de Paris y antiguo presidente de la Academia imperial de Medicina, afirma en su formulario medical que ningun ferruginoso rivaliza con las *Píldoras de Vallet*.

M. Piory, profesor de la Escuela de Medicina de Paris, comparando en un curso sobre las enfermedades de la sangre las propiedades de las diversas preparaciones ferruginosas, terminó su exámen de esta manera:

—Pero el medicamento que nos ha prestado mayores servicios y del cual hemos sacado mayor partido, es el que lleva por nombre *Píldoras de Vallet*. Debemos decir en honor de la verdad que las *Píldoras de Vallet* no han sido nunca ineficaces en nuestras manos, y por consiguiente no podemos menos de reconocerlas como uno de los más preciosos medicamentos.

La comision nombrada por la Academia de Medicina para que experimentara las *Píldoras de Vallet*, comprobando su maravilloso éxito en todos los casos en que fueron administradas, terminó su informe de este modo:

—Los resultados que se obtienen con estas *Píldoras* son más pronto que los de la mayor parte de las otras preparaciones ferruginosas.

La manera de administrarlas es la siguiente:

Se empieza tomando una ó dos píldoras por dia, y se aumenta la dosis hasta ocho ó diez.

Las *Píldoras de Vallet*, como todos los buenos medicamentos, han sido el blanco de los falsificadores é imitadores. Las personas que deseen no ser engañadas deben exigir la firma *Vallet* en la envoltura de cada frasco. Además, como garantía de origen, el nombre de *Vallet* se en-

cuentra grabado en cada píldora que sale del laboratorio del inventor.

En los casos de clorosis, anemia, etc., es siempre muy ventajoso y á veces indispensable añadir á las preparaciones ferruginosas una preparacion de quina que obre como tónico. En este caso debe darse la preferencia al *Quin Labarraque*. Este vino, mucho más activo y eficaz que la mayor parte de los compuestos del mismo género, debe tomarse un cuarto de hora ántes de cada comida en dosis de una copita.

CORRESPONDENCIA.

A una amable suscritora.—*Peñafiel*.—Las mantillas que se usan son el manto para traje de mañana, y para vestir el velo cuadrilongo de encaje de Bruges, Cambray ó imitacion de Chantilly. Se prenden en pico de delante y muy recogidos de atrás sobre la moña.

P. U.—*Tarragona*.—Los pañuelos para desposada no se diferencian de los demás. Haga V. el fondo del que piensa regalar de batista bordada á plumetis, guarneciéndolo todo alrededor con encaje ó frivolidé.

L. O.—*San Sebastian*.—Adorne V. con flores de terciopelo el sombrero de encaje, y con flores de raso ó de batista el de terciopelo.

H. Y.—*Valencia*.—Dispense V.: son tantos los encargos que recibimos, que es muy fácil incurrir en un olvido.

C. Q.—*Sevilla*.—No permita V. de ningun modo que sus niños maltraten á los animales, olvidando que son seres que sienten y sufren como nosotros: esto predispone sus ánimos á la crueldad, y mañana quizás tenga V. que llorar lo que hoy la sirve de solaz, reconociendo entonces cuán justos eran los mandatos que ahora gradua V. de tiránicos é insoportables.

Soluciones al geroglífico inserto en el anterior número literario por D.ª Eusebia Vidaurre de Janáriz, D.ª Aurea Cibeira, D.ª Encarnacion Vides, D.ª Tomasa Alleso, y los señores D. Eleuterio Rosa, D. Ramon Cio y D. Facundo Lemus.

PESCADOR QUE PESCA UN PEZ, PESCADOR ES.

CHARADA.

Una poblacion de España,
Te indican *prima* y *segunda*,
Que celebridad ha dado
A una codiciada fruta,
Que se ostenta entre hojas verdes
Y el sol de Agosto madura.
Si quieres, junto á tí existe
Y no se separa nunca;
Segunda y *tercia* es su nombre,
Y es su condicion tan dura,
Que ni el cuidado agradece
Ni compensa la ternura.

Ni en la tierra ni en el cielo
El *todo* hallarás que buscas;
Lo encontrarás en las olas
Que bate la mar sañuda,
Las que le sirven de espejo
Mientras se baña en su espuma.

I. de V.

La solucion en el próximo número literario.

AGENDA DE BUFETE

ó libro de memoria diario para 1872, con noticias y guia de Madrid.

PRECIOS.

EN MADRID.
En rústica. 1 peseta y 75 céntimos.
Encartonada. 2 — —
En tela á la inglesa. 3 — 25 —

EN PROVINCIAS.—Remitida por el correo.
En rústica. 2 pesetas y 25 céntimos.
Encartonada. 3 — 50 —
En tela á la inglesa. 4 — 75 —

EN PROVINCIAS.—Por medio de los correspondientes que las han recibido por otro conducto más económico.

En rústica. 2 pesetas y 25 céntimos.
Encartonada. 2 — 50 —
En tela á la inglesa. 3 — 75 —

Esta Agenda está ya tan generalizada por toda España, que nos ahorra el trabajo de encarecer su gran utilidad material y positiva; siendo, por lo tanto, indispensable en todas las casas, tanto pariculares como de comercio. La Agenda de bufete ha recibido este año notables é importantes mejoras.

Se halla en la librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Baillière, plaza de Topete, núm. 10, Madrid. —En la misma se encontrará un gran surtido de Agendas de la lavandera, Agendas de bolsillo, Agendas medicas, Calendarios americanos, Almanques ilustrados para 1872.

Acompaña á este número el pliego de dibujos para bordados y el figurin correspondientes á la edicion de lujo.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.